

SUPERADO!

... por dentro
y por fuera.



**A SIMPLE VISTA
APRECIARA
LA DIFERENCIA**

Más eficaz cada día.
Su mayor ayuda para
la limpieza de cada día.

ESPUMANTE

NETOL

El secreto de la limpieza que luce.

la integración económica de américa latina

EL 18 de febrero de 1960, siete países (Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay, Perú y Uruguay), persuadidos de que la ampliación de las dimensiones de sus mercados "a través de la eliminación gradual de las barreras al comercio interregional", constituyó una condición esencial para acelerar su proceso de desarrollo económico y asegurar un mejor nivel de vida para sus pueblos, firmaron el Tratado de Montevideo, por el que se constituía la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC). En 1961 se incorporaron Colombia y Ecuador. Venezuela lo hizo en 1966 y recientemente lo ha hecho Bolivia.

Por otra parte, los cuatro países centroamericanos (El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua) a los que poco después se incorporaría Costa Rica, suscribieron en Managua el Tratado General de Integración Económica Centroamericana.

Sólo Cuba, que en su momento solicitó su entrada —siéndole negada— en la ALALC, tratando de romper el bloqueo económico norteamericano, y Panamá, que desde hace tiempo negocia su entrada en el Mercado Común Centroamericano, permanecen fuera de este cuadro general de las integraciones en el Continente. Las pequeñas islas del Caribe —algunas de las cuales han accedido recientemente a la independencia— están también negociando la formación de su mercado común, del que, por supuesto, estaría excluida Cuba.

Si el Mercado Común Centroamericano ha podido desarrollarse firmemente y conseguir avances decisivos ha sido porque casi todos sus miembros partieron de estructuras similares, prácticamente sin industria, logrando que los acuerdos se adoptaran sin grandes dificultades.

Para si el MCC puede considerarse como éxito, de la ALALC sólo se puede decir que ha cumplido sus objetivos en mínima parte. Después de siete años de funcionamiento, la Asociación, siempre considerada como un primer paso hacia la verdadera integración económica de los países del Continente, ha quedado destrozada, siendo su marcha lenta. Las desgravaciones aduaneras mutuas que propugnaba se cumplen difícilmente. Las Conferencias de Partes Contratantes se estancan en las vías de las "micro negociaciones" y de la esterilidad. Los intereses de las oligarquías propietarias de empresas de inviable dimensión en mercados más amplios se oponen a todo cambio de la situación.

El gran capital indiano y las grandes sociedades norteamericanas van cambiando de actitud. Estados Unidos ha dado casi un giro de 180° al pasar de la oposición de los años 60 al impulso del que estos días se habla, dará el Presidente Johnson a la integración en la próxima conferencia de Presidentes del Continente.

Al fin y al cabo se ha comprobado que nada cambia. Los precios de las materias primas de exportación siguen siendo vulnerables y tendiendo a la baja. La libre empresa recibe el regalo de dimensiones más adecuadas para su mayor rendimiento. En la actualidad, un mercado de 100 millones de consumidores —los restantes 120 están fuera de la economía de mercado— dividido en veinte compartimentos estancos, aunque uno de ellos sea nada menos que Brasil, no induce a los inversionistas norteamericanos más que a dirigir sus fondos hacia la explotación de materias primas (petróleo, cobre, banana, etcétera...) para el abastecimiento de su propio país. Evidentemente, y esto está claro, para las grandes empresas de Estados Unidos, la formación de un mercado de 100 millones de posibles consumidores podría ser la base para otro tipo de inversiones.

La integración supone una mayor racionalización del sistema capitalista y, en parte, una superación de las estructuras feudales en que se mueven casi todos los países de América Latina. De ahí la lucha que produce su planteamiento en los distintos sectores del capitalismo latinoamericano, el tradicional y feudalista que nada quiere que cambie y el gran capitalismo que no veía con malos ojos la posibilidad de montar empresas de una dimensión más acorde con las técnicas modernas. Ello posibilitaría un incremento del desarrollo en términos cuantitativos, sin que, quizá se considere fuera necesario mejorar la distribución, adoptar medidas reformistas o tener, incluso, que acudir a drásticos cambios estructurales. En resumen, de esto es de lo que se trata.

En la próxima conferencia de Presidentes asistiremos, en el aspecto económico y social, a choques dialécticos que abordarán el perfeccionamiento del sistema, eludiendo toda postura que signifique un verdadero cambio y suponga un ascenso de las clases sociales explotadas. Es obvio que la integración es algo perfectamente asimilable y no supone más que una débil respuesta a una situación que exige medidas más radicales.

ARTURO LOPEZ MUÑOZ